

Reseña: Interseccionalidad: Desigualdades, lugares y emociones Rodó-Zárate, María. 2021. Eds. Bellaterra. España.

La interseccionalidad como enfoque y herramienta de abordar las desigualdades y exclusiones desde una perspectiva compleja.

*Pablo Paño Yáñez**

Fecha de recepción: Abril 2022

Fecha de aprobación: Diciembre 2022

Como tantos aportes emanados desde los feminismos en las últimas décadas de activa acción y producción, la interseccionalidad en mi opinión constituye uno de los conceptos, además de herramienta, más certeros por su importante potencialidad para comprender los siempre complejos funcionamientos y articulaciones de la desigualdad, exclusiones, diferencias sociales, así como de que, a la vez, permita comprender la diversidad más allá de un rótulo. En esa dirección la obra de Rodó-Zárate escrita recientemente desde Europa ilustra y profundiza sobre su uso permitiendo desde experiencias prácticas comprobar sus usos y utilidades, ni mucho menos solo teórico-académicas. Aborda los diferentes debates y polémicas, tal cual encaja y advierte sobre las críticas y dudas emitidas sobre la interseccionalidad desde que ésta está siendo analizada y aplicada a campos concretos de intervención e investigación.

Recuerda la autora: la interseccionalidad aparece precisamente desde las inconsistencias y necesidades prácticas de comprender las desigualdades. Tiene su origen en el feminismo negro, siendo propuesto para intentar comprender la interrelación entre racismo y patriarcado, y sus efectos en la vida cotidiana (p.30). En ese sentido, y ahí ya aparece una advertencia central, la interseccionalidad aflora como propuesta para

* Universidad Cuenca. Ecuador. pablo.panoy@ucuenca.edu.ec

analizar la configuración de las desigualdades y las discriminaciones, no como un concepto para tratar cuestiones identitarias. Las evidencias que el feminismo negro puso sobre la mesa del feminismo existente hasta ese momento (básicamente de sectores de mujeres blancas y acomodadas socioeconómicamente) vinieron a cuestionar la visión de pensar las desigualdad y opresiones desconectadamente. Esa constatación evidente supuso comenzar a remover las teorías vigentes comenzando a resquebrajar las visiones uniformizantes respecto a los grupos e individuos (*los obreros, las mujeres, los hombres, los negros, los indígenas...*) que por no contemplar su múltiple diversidad interna, tienen un inevitable componente esencialista simplificador que la interseccionalidad pondrá en jaque desde su observación compleja de la realidad social.

En ese sentido, la interseccionalidad como propuesta y la profundización a la que invita Rodó-Zárate, es claramente acorde al paradigma de la complejidad que rige, no solo la ciencia, sino la actual visión ampliada de la realidad. Acompañado de la incertidumbre, la falta de certezas y garantías, la multilinealidad, la interdependencia, la interdefinición, entre tantos otros, son conceptos que huyen de la presunta precisión que proclama el positivismo a costa de resultar profundamente reduccionista. La expansión hacia los feminismos en plural es precisamente expresión de la complejidad interna que alberga el cuestionamiento hacia el sistema patriarcal que, sin embargo, se fue comprobando no actuaba de forma aislada respecto a capitalismo, colonialismo u otros tantos sistemas de poder más locales.

Desde su concepción que enfatiza lo contextual y situado, la autora avanzará en precisar su propuesta construida también desde la práctica con personas y grupos sociales, especialmente para abordar las desigualdades desde el enfoque de género. De entrada, recurre a la útil metáfora del cesto de manzanas para comprender el género en el conjunto de sistemas de poder y ejes en los que irrevocablemente aparecemos ubicadas las personas en los sistemas sociales. En ese cesto hay manzanas diversas tal cual en la sociedad, y aunque todas lo son, sus texturas, tipos, sabores, tamaños,

madurez, acidez, etc., variarán en cada una sin que se las pueda definir solo desde una categoría que la condiciona, pero no la define en su totalidad. Desde ahí, insistirá en evitar la reificación de las categorías y desigualdades. Una y otra vez reiterará esa relación compleja de que los ejes están profundamente relacionados y que, por tanto, no los debemos separar por mucho que sí podamos identificarlos y hasta cierto punto tratar analíticamente de forma específica. Resulta categórica al respecto:

“el sexismo se configura de maneras concretas según la edad -y según la etnicidad, la religión, la diversidad funcional o la clase social, entre otras-. No hay formas neutras de sufrir sexismo. “Mujer”, por tanto, no existe sin estar siempre constituida por una edad, una etnicidad y por una clase social, aunque estas pueden cambiar, transformarse o hasta no ser relevantes en un momento determinado” (p.30).

Por lo demás explicitará la necesidad de tratar las emociones con que desigualdades, opresiones, discriminaciones se experimentan, sobre todo desde la vivencia de quienes las sufren. Para ello, la técnica metodológica que propone, los *reliefs maps* (p. 167) resultan especialmente prácticos para visualizar que moviéndonos por distintos lugares y espacios sociales las personas podemos alternar espacios hostiles de malestar con otros en las que podemos sentir protección y bienestar, incluso a lo largo de una misma jornada. Las realidades y percepciones de la desigualdad y opresión tienen un componente estructural, pero a la vez claramente emocional y no operan en absoluto de forma homogénea ni sistemática, sino por el contrario se expresan de forma diversa y discontinua en los distintos espacios sociales que habitamos. Permite explicitar elementos que la complejidad mostraba: afortunadamente las opresiones no son permanentes ni constantes; la persona inmigrante o negra no está constantemente siendo discriminada en sociedades con componentes xenófobos y racistas, las mujeres sufren hostilidad y violencia de forma permanente en sociedades patriarcales ni de parte de todos los varones ni prácticas sociales. Por el contrario, la

técnica ayuda a identificar también la existencia de los espacios y tiempos de bienestar y no opresión (incluso de privilegio), con toda la potencialidad que ello tiene para extenderlos y promover las estrategias para instaurarlos.

Para dar cuenta del planteamiento del enfoque y la herramienta, Rodó- Zárata atiende a los debates centrales que se vinculan a la relación de la interseccionalidad con diferentes corrientes teórico-epistemológicas y aporte a los movimientos sociales: con posestructuralismo, marxismo y finalmente, con los feminismos (p.82); nos detendremos en los últimos.

Respecto al diálogo con el marxismo y el debate central que es la jerarquización de las desigualdades en torno a la clase social como eje central, la autora se posiciona con claridad en no aprobar dicha ordenación a priori. Precisamente su carácter contextual lo llevará a que en cada escenario se deban analizar el peso y vivencia de las desigualdades de clase junto a las otras, para determinar dónde resulta determinante y dónde no. A partir de ahí, rechaza dualismos como el de categorías estructurales (de clase) y las otras como simbólicas, identitarias o subjetivas. Recurre a autoras como Fraser o Goicoetxea para aseverar que la misma distinción entre lo cultural y lo material, la división entre las políticas de reconocimiento y las de redistribución reproduce la ideología liberal y patriarcal, ya que vincula el género a una diferencia cultural que ha de ser igualada y no a una desigualdad que ha de desaparecer (p. 91). Ello desde afirmaciones tajantes como: “el racismo, el sexismo y la LGTBIQfobia matan, empobrecen y desposeen, así que estas luchas tienen por objetivo acabar con estas desigualdades y violencias estructurales y materiales”, recordando además que todas aluden a representación política, que finalmente es poder. Reconociendo que los contextos recientes de predominio posmoderno han podido infravalorar la categoría de clase social, situación que no se debe descuidar pues más allá de que no sea necesariamente la central se debe reconocer su alto grado de determinación sobre los sujetos sociales, apunta que la jerarquización de opresiones perpetúa la marginalización

de ciertos grupos sociales (p.93). Para cerrar este debate y tras sistematizar críticas serias como la de Federici a Marx y su olvido del trabajo doméstico femenino y con ello invisibilizar y postergar un análisis central, aclara las implicaciones de su postura de no jerarquizar las desigualdades. Recoge así que no tener en cuenta las cuestiones de género, etnia/raza o edad en la lucha de clases no es tener una posición neutra, es una práctica política identitaria y parcial presentada como propuesta universal. Así, tras acoger su aporte central respecto a la desigualdad según clase social, confirma que el marxismo no puede explicar todas las formas de opresión y dominación ante evidencias contundentes y cotidianas como que el temor y violencia sufrida por las mujeres en los espacios públicos no se relaciona con el capital sino con el patriarcado.

De la relación del feminismo interseccional con otros feminismos y las críticas recibidas de éstos, aparece otro debate central en el seno de estos en el último tiempo relacionado con cuál es su sujeto social. Ello tiene dos grandes expresiones en la actualidad: efectivamente el de si las mujeres son los únicos sujetos del feminismo (en relación a lo que ocurre con personas transexuales, o incluso el papel de los varones en la deconstrucción del patriarcado), que viene de la mano de si la categoría generalizada de mujer sería válida. Esas identificaciones generalizantes habían tenido todo un sentido fundacional desde su origen como movimiento social a la hora de identificar la opresión de género sobre las mujeres a la vez que el funcionamiento de los sistemas patriarcales, pero precisamente el avance de la práctica, la reflexión y la propuesta no resiste mantenerlos aislados. Como hemos visto, ante la evidencia con las desigualdades de las mujeres blancas norteamericanas que protagonizaban el feminismo de la época, feministas negras articularon como evidencia, que género y raza estaban claramente conectados para entender su posición de subordinación, en ocasiones, de parte de esas mismas mujeres feministas. La alusión era clara ratificada por Davis “explorar cómo las categorías de clase, raza y género están entrelazadas y mutuamente constituidas, dando centralidad a cuestiones como de qué manera la raza está “generizada” o de

cómo el género está “racializado”, y cómo ambos están relacionados con las continuidades y transformaciones de la clase social” (Davis, 2008, en Rodó-Zárate, 2021: 36). Desde otra entrada Hall (2008) trataba la misma reflexión acerca de la negritud y planteaba el final de la noción inocente del sujeto negro esencial. Había que partir por reconocer la enorme diversidad de posiciones subjetivas, experiencias sociales e identidades culturales que compondrían la categoría negro (p. 307). Ello apunta a disolver a la mujer como categoría única y atender las problemáticas múltiples que las constituyen y afectan, y ya no solo a ellas. Así como, avanzar en ver el patriarcado como un sistema sexista de dominación que como marco estructural nos afecta a todas, todos, todes por mucho que, evidentemente, lo haga de forma diversa y desigual. Fue sencillo unificar a la mujer, tal cual al hombre, como esencias únicas, pero en la medida que la realidad nos muestra cotidianamente las insuficiencias de ese marco, se convierte desde las identidades esenciales, directamente en un impedimento hacia la deconstrucción del sexismo y el patriarcado y su relación con los otros sistemas de dominación.

Por tanto, el análisis plantea la interseccionalidad como herramienta compleja que permite visualizar las incoherencias, contradicciones, desigualdades, opresiones y privilegios en cada una/o. Un aporte central hace la autora desde la relevancia que le otorga a las emociones a la hora de entender y explicar la vivencia de las opresiones y desigualdades: la que denomina como *herida interseccional*, comprendida como aquella emocional causada por ser identificada como opresora o privilegiado por un eje cuando se acumula dolor y sufrimiento por otro. Y a la vez la exigencia de gestionar esa herida que se crea al descubrirse opresor cuando se es también oprimido. Por ejemplo, el de sentirse mujer y saberse y haber sufrido discriminaciones por ese hecho en ciertos contextos, pero por condiciones de clase, nacionalidad, nivel educativo, estatus social, capital erótico o titulada asumir los privilegios de los que también goza respecto a otras mujeres y personas en general. Lo anterior lleva a conclusiones sobre aspectos tan

centrales como la categoría de víctima que también resulta revisada desde un enfoque interseccional serio.

“Las posiciones de opresión no siempre y en todo momento implican ser víctima, y esto abre la puerta a concepciones más dinámicas y menos rígidas sobre las identidades, pero también sobre las violencias y la manera de afrontarlas. Todo el mundo está situado en posiciones de privilegio y opresión de forma simultánea, y se puede estar sufriendo los efectos negativos de una posición a la vez que se está teniendo una ventaja en otro sentido”.

Así, apoyándose en diversas investigadoras avanza hacia conclusiones que resultan esclarecedoras para entender y afrontar las problemáticas derivadas de los sistemas de dominación: “No podemos hablar de “víctimas puras” de la opresión lo que resulta clave para entender que no hay víctimas ni agresores en un sentido absoluto (p.62). En la medida que identifica que prácticamente todas las personas en sus contextos pueden sufrir opresiones, pero a la vez también gozar de privilegios, desactiva la visión esencial y maniquea en que las corrientes y también los movimientos sociales han tendido a caer, sobre todo, desde enfatizar una construcción esencial de identidad. Especialmente certera resulta esta combinación de opresiones y privilegios en los sujetos, nunca para relativizar las opresiones, sino para complejizar y focalizar correctamente dónde y cómo operan los sistemas de dominación, las relaciones de poder e identificar a los sujetos realmente más afectadas.

Como persona nacida en Catalunya atravesada por la reciente disputa de nacionalismos en el estado español protagonizada en los últimos años por el independentismo catalán, se anima también a tratar la desigualdad posible en torno a las nacionalidades. De la mano de la superación de las identidades fuertes, especialmente en los feminismos (Serra et al, 2021) propone el análisis de los nacionalismos más allá de la identidad desde la perspectiva interseccional; en concreto reconceptualizar el nacionalismo de forma no esencialista y desde la base (p. 117).

Desde mi opinión, ello constituye un desafío realmente radical. Los nacionalismos han sido y son sistemas ancestrales que por excelencia apuestan por la identidad fuerte que marca con claridad un nosotros y unos otros; así, pensarlo como no identitario esencial se dibuja como teóricamente interesante para poder comenzar a imaginar desde pensamientos superadores, pero muy lejano como posibilidad factible de acción sociopolítica actual. Las víctimas de los nacionalismos y patriotismos son innumerables especialmente en la historia reciente, los riesgos de caer en los supremacismos (privilegios evidentes o sutiles) han resultado habituales (incluido en el actual debate catalán). La interseccionalidad de hecho puede constituir el gran mecanismo superador de la identidad fuerte excluyente de por sí, lejana de las estructuras de poder y dominación, pero tal cual su premisa principal plantea, no permite pensar en esencias culturales o territoriales sin contemplar otros ejes de desigualdad como la clase social, edad, status social, origen, etc. Históricamente el internacionalismo apostó por ello y sabemos de su suerte a manos de nacionalismos siempre esencialistas por mucho que en el plano ideológico se hayan denominado como de derechas o izquierdas.

Finalmente una reflexión que a partir del análisis de la autora, deriva de la relación y aplicación de la interseccionalidad y las masculinidades. La primera conclusión que permite la interseccionalidad respecto a ellos, es que tal cual no existiría una esencia homogeneizadora de la mujer y donde la categoría género es una en conjunción con otras, tampoco podemos referirnos a un hombre único. Como lógica constatable constantemente en la humanidad, rige la diversidad de la cual el varón no está exento por mucho que podamos comprobar la amplísima extensión tanto geográfica como temporal del patriarcado (aunque no universalidad sistemática). Desde esta complejización, la interseccionalidad puede ser especialmente útil para observar e identificar sus privilegios, opresiones y desigualdades, que operan en relación a las mujeres y hacia orientaciones e identidades sexuales, así como entre los propios hombres. Por tanto, permita comprender en mayor profundidad la diversidad de los

hombres, que incluso aunque gocemos de privilegios sistémicos (ser varones en un mundo patriarcal), cada sujeto los utiliza de forma desigual (usufructúa o no de ellos), más allá de, respecto a otros ejes de dominación, estar situados de formas privilegiadas o de opresión. Resulta evidente que no es lo mismo ser por ejemplo un blanco estadounidense, de la elite socioeconómica, con cargos de poder, heterosexual, cisgénero y con comportamientos de violencia hacia las mujeres u otros más débiles, que un etíope negro, empobrecido, adulto mayor, gay en una sociedad homófoba y solo, que jamás ha cometido abusos violentos.

Todo ello confirma y ayuda desde la interseccionalidad a esclarecer el debate actual al interior de los feminismos de si los varones pueden o no ser aliados hacia la deconstrucción del patriarcado y el sexismo. Tal cual señala García (2015), la postura que lo niega reduce al hombre y la masculinidad a la identificación con el patriarcado debido a la incapacidad de sus sujetos para separarse de él y renunciar a los privilegios que se derivan de la posición dominante sobre las mujeres. Desde la otra perspectiva patriarcado no es igual a hombres, donde colectivos que trabajan con masculinidades revelan que ser hombre, masculinidad y patriarcado no son categorías tautológicas; y desde ciertos feminismos (hooks, Uría), se propone que, superando las identidades esenciales, los hombres dispuestos a trabajar la deconstrucción de sus privilegios, con ellos los del patriarcado y sexismo, son aliados fundamentales para su superación. Y es que, tal cual insiste Rodó-Zárate, el énfasis y utilidad múltiple de la Interseccionalidad, está en comprender las desigualdades y opresiones, y por tanto, los sistemas y relaciones múltiples de poder que se intenta derribar, y no en tratar cuestiones identitarias que corresponden a aquellas que se centralizan en la presunta esencia de sus sujetos, que finalmente son las que tienden a reproducir exclusiones. Por tanto, la apuesta apunta claramente a identidades débiles no esenciales, sin exclusiones y hacia la búsqueda interseccional que desde la diversidad facilite las alianzas de todes les que comparten la deconstrucción del sistema sexista patriarcal, que la propia propuesta de

Rodó-Zárate, ayuda a abordar desde la esa visión compleja de la existencia de fuerte articulación entre sistemas de dominación.

Referencias

García, Leonardo. (2015). *Nuevas masculinidades: Discursos y prácticas de resistencia al patriarcado*. FLACSO- Ecuador.

Hall, Stuart. (2008). *Sin garantías. Trayectorias y problemáticas en Estudios Culturales*. Universidad Andina Simón Bolívar. Ecuador.

hooks, bell. (2021). *El deseo de cambiar. Hombres, masculinidad y amor*. Eds. Bellaterra. España.

Rodó-Zárate, María. (2021), *Interseccionalidad: Desigualdades, lugares y emociones*. Eds. Bellaterra. España.

Serra, Clara, Garaizábal, Cristina y Macaya, Laura. (2021). *Alianzas rebeldes. Un feminismo más allá de la identidad*. Eds. Bellaterra. España.

Uría, Paloma. (2021). "El feminismo surca aguas procelosas"; en *Alianzas rebeldes. Un feminismo más allá de la identidad*, Serra et al. Eds. Bellaterra. España.